

Consideraciones sobre la historia de la filosofía y de la sociedad latinoamericanas

Ricaurte Soler

Panamá

Introducción

El presente trabajo quiere ser, en primer término, una breve reflexión en torno a la metodología, logros y límites de la historiografía filosófica latinoamericana de inspiración materialista, principalmente en sus exponentes más calificados de las décadas del 40 y 50. En segundo lugar intenta una confrontación de aquellos estudios con la metodología, logros y límites de la historiografía sociológica de la década del 60, y lo que va de la presente, en especial con algunos representantes de la denominada “sociología de la dependencia”. Esperamos que de esta confrontación se desprendan conclusiones que permitan una mejor comprensión y nuevos avances en la siempre perfectible tarea de apropiarnos teóricamente la variada complejidad de nuestra América.

I. Consideraciones sobre la historiografía filosófica latinoamericana

Desde la perspectiva privilegiada del presente nos aparece claro que al iniciarse en la década del 40 el empeño de reconstruir, con premisas materialistas, la historia de las ideas filosóficas latinoamericanas, aquel esfuerzo enfrentó tres dificultades básicas:

1. La ausencia de tradición y precedentes en este tipo de investigaciones. Un lejano antecedente lo constituía, ciertamente, *La evolución de las ideas argentinas* (1918) de José Ingenieros. Este trabajo extenso, documentado, y hoy todavía útil, se resentía en su metodología materialista del eclecticismo que llevó a su autor a combinar Spencer y Marx, amén del economicismo derivado

de la influencia ejercida por Aquiles Loria, un italiano vulgarizador-deformador del marxismo. Antecedente lo era también, evidentemente, la obra de dos grandes fundadores del marxismo hispanoamericano: José Carlos Mariátegui y Aníbal Ponce. La temática de esa obra era, sin embargo, demasiado genérica, o demasiado especializada, por lo que respecta específicamente a la historia de las ideas filosóficas en Hispanoamérica.

2. En la filosofía universitaria y académica, en toda la América Latina, dominaba sin discusión "la reacción anti-positivista". Es todavía un tema inédito el evaluar históricamente hasta dónde esa "reacción" lo es también en cuanto a su significación social y política. Lo cierto es que aquella atmósfera de anti-intelectualismo bergsonian, vitalismo orteguiano e irracionalismo existencialista no constituía un marco adecuado para la reconstrucción historiográfica, de inspiración materialista, del desarrollo histórico de las ideas en América. Es lo que explica que una "lectura" menos idealista de Ortega, algunos existencialistas, o Mannheim en el mejor de los casos, haya suministrado el esquema general de conceptos a través de los cuales se intentó la reconstrucción histórica a que aludimos.

3. La inexistencia de historias económicas y sociales a nivel latinoamericano, y aun a nivel de sus naciones aisladamente consideradas, abocó a los historiadores de las ideas a la paradójica tarea de intentar una explicación materialista de las ideologías con ausencia de una perspectiva científica en cuanto a la producción de la vida material de la sociedad latinoamericana. Sin comprometernos a una discusión sobre precedentes y anticipaciones, entre los cuales la obra de Sergio Bagú, *Estructura social de la colonia. Ensayo de historia comparada de América Latina* (1952) merece una seria evaluación, precisa recordar que no es sino hasta 1955, con la *Historia económica de la Argentina* de Ricardo M. Ortiz¹, cuando se empieza a disponer de materiales aptos para ir colmando los inmensos vacíos que existen en la historiografía económica y social latinoamericana. Estos vacíos en la investigación económica y social explican las limitaciones más obvias de la historiografía filosófica latinoamericana.

En el nivel de la “imputación sociológica” encontramos la más inmediata comprobación de las limitaciones a que aludimos. La metodología correcta pareció ser, en nuestros primeros historiadores de las ideas, el registro exacto de los rasgos diferenciales que ofrecía el contenido ideológico americano en comparación con el europeo. Esos rasgos diferenciales eran explicados entonces, para el período posterior a la independencia, en función de una clase social, la *burguesía latinoamericana*, que recorría una trayectoria histórica distinta de la burguesía europea.

Es esta, efectivamente, la metodología que encontramos en la obra que inició este modelo de interpretación. Leopoldo Zea, en 1943, intentó establecer la substancial diferencia existente entre el positivismo europeo, particularmente el francés, y el positivismo en México. El comtismo expresaría en Francia una filosofía del orden establecido por una burguesía ya hegemónica social y políticamente. Las ideas positivistas de “orden y progreso” tenían que ajustarse, en México, sin embargo, a una realidad social en la cual la burguesía mexicana se veía obligada a conciliar con los intereses de otras clases sociales.

“Llegó un momento en el cual la idea que sobre el orden se tenía en tal doctrina era hostil a los intereses de las clases con las cuales la burguesía mexicana trataba de llegar a un acuerdo (...) las ideas de orden del positivismo se convertían en ideas de desorden, perdiendo así su justificación como doctrina de orden social.”² En la descripción de estos ajustes y reajustes ideológicos se señala el específico carácter que en México adquirió el positivismo. Sobre estos supuestos metodológicos se interpretarán más tarde (1949), a nivel hispanoamericano, las etapas de dominio ideológico del romanticismo y del positivismo. Precisa señalar que no obstante algunas críticas, por ejemplo las de Eli de Gortari, será sobre este modelo e interpretación que se continuará la tarea de la reconstrucción histórica. Es así que el mismo Eli de Gortari afirmaba por ejemplo: “En la realidad de los hechos, el partido liberal representaba, sobre todo, los intereses de la burguesía mexicana.”³

Es posible afirmar que, hasta el presente, la historiografía de la filosofía latinoamericana poco ha variado las premisas de las iniciales investigaciones. Cuando la materia de estudio correspondía al siglo XVIII, la genérica y abstracta “burguesía latinoamericana” era reemplazada por un no menos genérico y abstracto “criollo latinoamericano”. De alguna manera se intuía, sin embargo, que la aparente homogeneidad de las ideas dominantes, o que comenzaban a serlo, en realidad expresaban la complejidad de una sociedad heterogénea. Es así que, por ejemplo, López Cámara distinguía la ideología de la alta clase criolla, de la ideología insurgente, expresión esta última de un movimiento *pluriclasista*⁴. Y es así, también, que Cruz Costa adscribe la significación histórico-social del positivismo brasileño a una burguesía más concretamente diferenciada: “Son ahora los hijos de la burguesía comercial y burocrática, hasta entonces de importancia secundaria, los que van a aparecer en el escenario político e intelectual del país (...). De esta nueva burguesía, si así podemos llamarla (...), es de donde irá a surgir el movimiento positivista.”⁵

Desde el punto de vista de la comprensión materialista de la historia latinoamericana el ciclo de investigaciones a que aludimos ofrece contribuciones que no son, en absoluto, desdeñables. Si bien es cierto que los estudios citados, y otros no mencionados, se resintieron de una caracterización vaga, someramente abstracta, de la estructura social latinoamericana, en la cual la historia ideológica aparecía meramente yuxtapuesta a la viva y contradictoria materia de la vida social, no es menos verdad que aquellas investigaciones aportaron contribuciones valederas cuya discriminación importa señalar para el avance del conocimiento. Entre esas contribuciones queremos destacar las siguientes:

1. A nivel latinoamericano, y también a nivel nacional, se registran con parsimonia y claridad las especificidades de una historia ideológica que nunca podría definirse como caricaturesco reflejo de metrópolis ideológicas⁶.

2. Se identificó inadecuadamente las causas internas de aquellas especificidades ideológicas, pero se señaló su existencia. Con lo cual se desbrozó el camino para una correcta metodología que apropiara para el conocimiento de nuestra realidad la dialéctica de las causas externas e internas.

3. Con las limitaciones ya indicadas ofreció, a nivel superestructural, una periodificación histórica, y una evaluación del fenómeno ideológico, lo suficientemente críticas como para permitir orientaciones seguras en cuanto a la discriminación de lo que ha sido y es regresivo o progresivo en la sociedad latinoamericana.

II. Consideraciones sobre la historiografía sociológica latinoamericana

Desde mediados de la década del sesenta comienza a afirmarse un modelo de interpretación de la realidad americana poderosamente estimulado por el impacto de la Revolución Cubana. Aquel modelo disfrutaba para su trabajo teórico de una doble ventaja: por una parte podía gozar de la libertad que para la investigación marxista ofrecía el descrédito de las petrificaciones ideológicas stalinistas, y por otra parte se encontraba ya en condiciones de utilizar un material escaso, pero valioso, de estudios de historia económica y social. Si bien ese modelo de interpretación se encontraba directamente comprometido con la lucha revolucionaria inmediata, no es menos cierto que sus premisas teóricas avalaban un esquema de interpretación sociológica de la historia latinoamericana. En la obra de André Gunder Frank el esquema se desarrolló con lógica intransigente hasta las últimas consecuencias.

Con independencia de variaciones individuales podemos discernir las siguientes premisas comunes en los más destacados “teóricos de la dependencia”:

1. La expansión del capitalismo metropolitano desde principios de la época moderna es indesligable del atraso y subdesarrollo de la periferia colonizada. El desarrollo del capitalismo en la metrópoli forma una totalización con el subdesarrollo de los satélites. En este sentido las metrópolis comenzaron a desarrollarse, y los países dependientes a subdesarrollarse. La historia de la América Latina es entonces, la historia del “desarrollo del subdesarrollo”⁷.

2. La expansión del capitalismo induce en los países periféricos una estructura social dependiente o, más concretamente, la formación de clases

sociales también ellas satélites de las burguesías metropolitanas colonizadoras o neocolonizadoras. De esta manera se “imperializa” la historia toda del capitalismo y de las burguesías de los “centros”. No cabe distinguir, por tanto, períodos progresivos y revolucionarios en las burguesías “centrales”. E igualmente se “sateliza” la historia toda de las reflejadas “burguesías periféricas”. Tampoco en ellas tendría sentido distinguir períodos progresivos o revolucionarios. El mecánico reflejismo que intentaron superar los historiadores de las ideas de los años cuarenta y cincuenta es, sin embargo, reeditado ahora a nivel de la interpretación sociológica, durante los años sesenta y setenta.

Es preciso reconocer que la simplicidad y esquematismo de este modelo de interpretación atrajo a innumerables investigadores, políticos, profesores y estudiantes. Para muchos resultó seductor ultra izquierdizar la interpretación de la historia latinoamericana. La “boutade” agresiva ahorra el esfuerzo del análisis, de la reflexión, de la investigación seria. Ya lo dijo Martí, uno que supo morir con honor: “al hombre le es más fácil morir con honra que pensar en orden”. Es así que proposiciones como la que siguen tuvieron, y aún tienen, resonancia: “la lumpenburguesía de partidarios ‘europeos’ construyó lumpenestados ‘nacionales’ (...), ideados e idóneos como instrumentos adecuados de una política lumpenburguesa del lumpendesarrollo.”⁸ No en todos los casos el mecánico reflejismo de las causas externas alcanzó el extremo citado. En Darcy Ribeiro, por ejemplo, su concepto de *clases dominantes subordinadas* se encuentra pertinentemente matizado por su concepto de las *antiElites* reformistas con potencialidades revolucionarias.⁹ Todo lo cual no impide que, como modelo de interpretación de la historia latinoamericana, las premisas teóricas de la “sociología de la dependencia” se hagan pasibles de las siguientes críticas:

1. Al nivel de los modos de producción se esquivó todo análisis de la realidad económico-social de la España “moderna” y de la manera como esos modos se combinaron con los existentes en las sociedades indígenas.

2. Por lo que se refiere a la estructura social latinoamericana, puesto que ésta resulta de la imposición *externa* colonizadora o neo-colonizadora, pierde sentido toda discriminación *interna* que distinga las *clases* progresivas de las reaccionarias, las nacionales de las antinacionales.

3. La misma carencia de sentido, y por las mismas razones, se desprende por lo que respecta a la discriminación de las ideologías avanzadas y las regresivas, quedando al nivel de lo anecdótico individual el distinguir v.gr. un Francisco de Paula Vigil de un Bartolomé Herrera. En el plano político sería igualmente irrelevante establecer mayor diferenciación entre Benito Juárez y Santa Anna. Todos, de una u otra manera, serían representantes ideológicos o políticos de la misma “lumpenburguesía”, o de la misma “clase dominante subordinada”¹⁰.

III. Consideraciones sobre la historia de la sociedad y la filosofía latinoamericanas

Las consideraciones expuestas en torno a la historiografía filosófica y sociológica de la realidad latinoamericana debe permitirnos esbozar algunas reflexiones que tiendan a superar los escollos y limitaciones anotadas.

La premisa de última instancia que orientó la investigación del ciclo de la historiografía de las ideas, consistió en la asunción de que *toda universalización, toda totalización ideológica es manifestación de la especificidad*. Lo particular, lo específico de la “circunstancia” americana, o de sus clases sociales en un especial transcurrir de la historia, explicarían la también muy particular y específica asimilación de filosofías que en Europa se pretendían de valor universal, pero en puridad de verdad es vana la pretensión de universalidad de las filosofías europeas puesto que ellas responden a un contexto histórico-social dado. Su universalidad sólo depende de que “se presentan” como tales. La consecuencia lógica de estas premisas conducía a la afirmación de que también la universalidad de la filosofía latinoamericana dependería de que se presentara como tal, y como tal fuese “reconocida”.

Es evidente que las premisas metodológicas del ciclo historiográfico a que aludimos hipostasió la “particularidad”, la especificación negando de hecho la realidad de toda universalización, de toda totalización. Las premisas sociológicas de interpretación impedían, por cierto, concebir la universalidad como formas a priori intemporales. Pero la hipostasación del carácter específico de las ideas en

América impidió comprender la relación dialéctica de lo universal y lo específico en la viva materia del desarrollo histórico.

No es por afán de presentar artificiales distinciones que afirmamos que el modelo de interpretación sociológica de la historia de América ofrece premisas diametralmente opuestas a las que acabamos de considerar. Independientemente de los prejuicios individuales, y de la pequeña miseria moral tantas veces presente en el trabajo intelectual, fuertes razones “de principios” deben explicar el absoluto desconocimiento que de la historia de la cultura, y de las investigaciones al respecto, exhiben los principales representantes de la “sociología de la dependencia”.

La universal expansión del capitalismo es la comprobación empírica de que parte el modelo. Se concede, en abstracto, que esta expansión universal puede adquirir distintas modalidades según las especificaciones que determinen la geografía y la coyuntura histórica. La particularización, sin embargo, nunca podría invalidar el sentido general de la totalización en marcha. Lo general se hace presente en lo particular. La universalización del modo de producción capitalista se concibe así como una marcha triunfal que es sólo posible detener sobre la base de la ruptura radical de la revolución socialista que inaugura una nueva totalización, una nueva universalización.

Quizás a una mirada preliminar esta conceptualización parezca consistentemente dialéctica. Pero no así a un análisis detenido de sus proposiciones.

La investigación, en efecto, de determinadas leyes de la producción capitalista no puede concebirse como imposición sobre las partes, de manera que la particularización queda aniquilada y la legalidad universal inalterada, planeando esta última por encima de las especificaciones. La totalidad es, por cierto, autonomía cualitativa de determinaciones cuantitativas. Pero sólo la totalidad cerrada, mecánica, que no la totalidad abierta, dialéctica, puede suponer inalterable aquella autonomía cualitativa. La totalización en marcha, si

no es “triumfal”, transforma las partes y se transforma ella misma, al ritmo de las especificaciones que surgen en la materia del desarrollo histórico.

En lenguaje más concreto, y a manera de ejemplo, podemos señalar el problema nacional. La universalización de la producción capitalista sentaba las bases para la internacionalización de la economía. Pero especificaciones nacionales *surgidas de distintas matrices económicas y sociales* determinaron que en 1847, frente a aquella internacionalización, tuviese sentido y fuese históricamente progresivo que el proyecto nacional mexicano resistiese la disolución de sus fronteras económicas, sociales y políticas. Otro tanto podemos decir de las clases sociales. Durante el siglo pasado existía en los Estados Latinoamericanos un proyecto nacional *burgués*, pero no existía una burguesía latinoamericana. Como tampoco una lumpenburguesía latinoamericana. Sin embargo, si existía, real y contradictorio, un proyecto nacional pluriclasista: de la libre propiedad territorial, opuesta a mayorazgos y amortizaciones, que pugnaba por someter ese tipo de propiedades “a la común preponderancia de la sociedad civil”; de la burguesía comercial, antinacional por cuanto dependía de la producción capitalista extranjera, y nacional por cuanto aspiraba a liquidar toda barrera a la libre circulación mercantil, dentro de los límites del Estado; y de la pequeña burguesía, nacional por cuanto el Estado suministraba las condiciones de su existencia material, y también nacional por razones ideológicas¹¹. Son estas, pues, especificidades del desarrollo histórico latinoamericano, especificidades que trasmutan generalizaciones desprendidas de la comprobación de la universal expansión del capital.

De la historia de la sociedad y de la filosofía latinoamericanas, y del empeño materialista por apropiarse esa historia, se pueden extraer conclusiones que permitan un más certero enfoque metodológico. La sola “imputación sociológica” que señale la especificidad del desarrollo ideológico aniquila las legalidades válidas de la totalización en curso. La sola imposición de la legalidad totalizadora a las especificidades del desarrollo liquida la significación real, interna, de lo particular convirtiendo la ley universal en tautología e hipóstasis.

Dos ciclos de investigación que se han ignorado mutuamente, y quizás por ello mismo, dejan para el futuro la lección perdurable de que no basta la premisa materialista. No menos imperativo e indispensable es el esfuerzo de comprensión dialéctica.

Notas

¹ De ese mismo año es el libro de OSPINA VASQUEZ, LUIS, *Industria y protección en Colombia 1810-1930*, E.S.F., Medellín, 1955.

² ZEA, LEOPOLDO, *El positivismo en México*, El Colegio de México, México, 1943, pp. 50-51.

³ GORTARI, ELI DE, *La ciencia en la Reforma*, Centro de Estudios Filosóficos, Imprenta Universitaria, México, 1957, p. 67.

⁴ LÓPEZ CÁMARA, FRANCISCO, *La génesis de la conciencia liberal en México*, El Colegio de México, México, 1954, p. 210 y ss.

⁵ COSTA, CRUZ, *Esbozo de una historia de las ideas en el Brasil*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1957, pp. 30-31.

⁶ Así lo ha comprendido el Instituto del Libro, de Cuba, al reeditar, en 1970, las viejas obras de Vitier; una de 1938 y otra de 1948. Se trata de obras que, por lo demás, ni siquiera intentaron una aproximación sociológica al desarrollo de las ideas filosóficas. Cf. VITIER, MEDARDO, *Las ideas y la filosofía en Cuba*, Editorial Ciencias Sociales, Instituto del Libro, La Habana, 1970.

⁷ Esta fórmula de André Gunder Frank es explícitamente prohijada, todavía muy recientemente, por uno de los más destacados teóricos de la dependencia. Cf. MARINI, RUY MAURO, *Dialéctica de la dependencia*, Ediciones Era, México, 1973, p. 18.

⁸ GUNDER FRANK, ANDRÉ, *Lumpenburguesía: Lumpendesarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica*, Editorial La Oveja Negra, Medellín-Bogotá, 1970, p. 67.

⁹ Cf. RIBEIRO, DARCY, *El dilema de América Latina. Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*, Siglo XXI Editores S.A., México, 1971.

¹⁰ Cf. *Ibid.* p. 127.

¹¹ Cf. mi estudio *Clase y nación en Hispanoamérica. Siglo XIX*, Ediciones de la Revista *Tareas*, Panamá, 1975.